

ÁNGELES

1. Los ángeles y su papel en la vida del cristiano y en la historia del Opus Dei. 2. Los arcángeles san Rafael, san Miguel y san Gabriel y las obras que san Josemaría les ha encomendado. 3. La devoción a los Ángeles Custodios.

Los ángeles son criaturas personales, puramente espirituales e inmortales (cfr. CCE, n. 330). La existencia de los ángeles ha sido siempre una verdad creída por los cristianos, heredada de la tradición hebrea y asumida como verdad de fe por la Iglesia. Los ángeles son servidores y mensajeros de Dios (cfr. CCE, nn. 328-329). Ya en el Antiguo Testamento aparecen como embajadores, enviados por Dios, para transmitir algún mandato suyo (cfr. 2 R 1, 3; Jc 6, 11-18), para instruir a los profetas (cfr. Za 3, 4-6) o bien para proteger a los individuos (cfr. Tb 3, 24-25) y al pueblo elegido (cfr. Dn 10, 13-29; 12, 1). En el Nuevo Testamento, toda su misión se centra en Cristo y su obra redentora. La vida de Cristo está señalada por intervenciones angélicas: la Encarnación (cfr. Lc 1, 11-26), el nacimiento en Belén (cfr. Lc 2, 9; Mt 2, 13), la infancia (cfr. Mt 2, 19), el comienzo de su vida pública (cfr. Mt 4, 11), la agonía en el Huerto (cfr. Lc 22, 43), y por último aparecen como testigos de su Resurrección (cfr. Mt 28, 2-5; Jn 20, 12). Los apóstoles y los discípulos, que deben continuar la obra de Cristo, se encuentran protegidos por la intervención de los ángeles (cfr. Hch 5, 19; 12, 7-11; 27, 23).

1. Los ángeles y su papel en la vida del cristiano y en la historia del Opus Dei

Los ángeles han tenido y tienen un papel importante en la historia de la salvación. Desde el principio, Dios ha contado con ellos en su afán de dar al hombre la felicidad eterna para la que lo ha creado: la misión de los ángeles se integra en el designio salvífico divino a favor de los hombres. Ellos no tienen otro fin que el adorar

a Dios y actuar a su servicio para que el proyecto salvador llegue a plenitud, es decir, a la unión de todos los seres creados con el Padre, en Cristo, por medio del Espíritu Santo. Esta es la razón de ser de su existencia y de su obrar como intermediarios entre Dios y los hombres, aspecto que san Josemaría comprendió en profundidad: “Dios estará a nuestro lado y enviará a sus Ángeles, para que sean nuestros compañeros de viaje, nuestros prudentes consejeros a lo largo del camino, nuestros colaboradores en todas nuestras empresas” (ECP, 63).

Ya en época patristica se enseñaba que un ángel especial protege continuamente a cada hombre: es el ángel custodio o de la guarda (nombre sugerido en Sal 90 [Vg 89], 11). La doctrina difundida por los Padres de la Iglesia había sido persuasión general en tiempos de Cristo (cfr. Mt 18, 10) y de la Iglesia primitiva (cfr. Hch 12, 15). Con argumentación filosófica santo Tomás explica por qué la presencia de los Ángeles Custodios en el mundo es un aspecto de la providencia divina. Entre la naturaleza divina y la de los hombres –escribe– está la naturaleza angélica, y como las cosas inferiores se cuidan por medio de las superiores, es lógico que Dios en su providencia acerca de la salvación de los hombres, haya querido servirse de los ángeles, que ayudan a los hombres a tender a su fin y les evitan dificultades que impedirían su progreso (cfr. *In II Sent*, d 11, q. 1, a. 1, sol).

De la biografía y de los escritos del fundador del Opus Dei, resulta clara la honda conciencia que tenía acerca del importante papel que jugaron en su vida. San Josemaría habla siempre de los ángeles de un modo vivo, concreto, y precisamente gracias a eso ha sabido indicar y brindar elementos esenciales acerca de su realidad, naturaleza y misión, ofreciendo una significativa aportación en el campo de la espiritualidad y de la reflexión teológica (cfr. LAVATORI, “Gli angeli: la loro presenza e il loro

azione nella vita cristiana secondo il beato Josemaría”, en GVQ, V/I, p. 137).

Un acontecimiento de capital importancia relacionado con los ángeles está dado por la fecha en que se fundó el Opus Dei: precisamente el día 2 de octubre de 1928, memoria litúrgica de los Ángeles Custodios. Esta coincidencia entre el nacimiento del Opus Dei y la fiesta de los Ángeles permanecerá siempre como una piedra miliar en el alma del fundador: “La Obra de Dios no la ha imaginado un hombre (...). Hace muchos años que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que la vio por vez primera el día de los Santos Ángeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos ventiocho (...) (*Instrucción*, 19-III-34, nn. 6-7: AVP, I, p. 297). “Recibí la iluminación sobre toda la Obra (...). Aún resuenan en mis oídos –decía en 1964– las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, festejando a su Patrona” (*Meditación*, 14-II-1964: AVP, I, p. 295). Como afirma Mons. Álvaro del Portillo, “a partir de la fiesta de los Ángeles Custodios de 1928, nuestro Fundador tuvo por ellos una devoción más intensa. Enseñaba a sus hijos: «El trato y la devoción a los Santos Ángeles Custodios está en la entraña de nuestra labor, es manifestación concreta de la misión sobrenatural de la Obra de Dios»” (DEL PORTILLO, 1993, p. 159).

2. Los arcángeles san Rafael, san Miguel y san Gabriel y las obras que san Josemaría les ha encomendado

El Pseudo-Dionisio habla de una jerarquía angélica, compuesta de nueve órdenes unidos entre sí de modo que cada uno ayuda al otro a conseguir su fin, que es la unidad y semejanza con Dios (serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, príncipes, arcángeles, ángeles). La Sagrada Escritura, que no es rigurosa en lo que se refiere al número de órdenes angélicas (cfr. Ef 1, 21 y Col 1, 16), sí nos habla de la presencia y acción de tres arcángeles: Rafael (cfr. Tb 3, 17; 4,

21; 11, 18), Gabriel (cfr. Dn 9, 21-27; Lc 1, 19.26) y Miguel (cfr. Jds 1, 9; Ap 12, 7-9), en favor de la salvación de los hombres.

Desde el 2 de octubre de 1928, san Josemaría, consciente de la misión que Dios le había encomendado, comenzó a tratar apostólicamente a gente. A medida que pasaba el tiempo, percibía la necesidad de organizar ese apostolado personal que desarrollaba con hombres y mujeres de muy distintos estratos sociales y profesiones, y buscaba el modo de estructurarlo. Fue en ese contexto cuando el 6 de octubre de 1932, haciendo oración en la capilla de San Juan de la Cruz, durante un retiro espiritual en el convento de los Carmelitas Descalzos de Segovia, tuvo “la moción interior de invocar por vez primera a los tres Arcángeles y a los tres Apóstoles –cuya intercesión pedimos cada día todos los socios de la Obra (...), teniéndoles desde aquel momento como Patronos de las tres obras que componen el Opus Dei” (*Instrucción*, 8-XII-41, n. 9: AVP, I, p. 466).

Bajo el patrocinio de san Rafael puso la labor de formación cristiana que el Opus Dei realiza con la juventud, considerada como una de las fases más importantes del desarrollo y crecimiento de la persona, previa a una integración plena en la vida social y profesional. De ese empeño apostólico por entusiasmar a la juventud –la obra de san Rafael– con un ideal de santidad y seguimiento de Cristo en medio del mundo y a través del trabajo, surgen muchas personas que se incorporan a la obra de san Miguel y a la obra de san Gabriel. A la obra de san Miguel pertenecen aquellos fieles del Opus Dei que se comprometen a vivir el celibato apostólico con entera disponibilidad al servicio de las necesidades de formación y apostolado que desarrolla la Obra en el mundo entero. La obra de san Gabriel se dedica a la formación y apostolado entre cristianos adultos, que en su gran mayoría son padres y madres de familia. A la invocación de los tres arcángeles, san Josemaría unió la de los

tres apóstoles: san Juan, san Pedro y san Pablo (cfr. BERGLAR, 1987, p. 140).

3. La devoción a los Ángeles Custodios

La Sagrada Escritura muestra a los ángeles como seres activos: nos revela que intervienen en la historia humana. En la vida de san Josemaría se manifiesta la naturalidad y la frecuencia con que acude a ellos, también en detalles muy materiales: en un período de grandes apuros económicos, se le estropeó su reloj. Su reacción fue confiarse a la providencia divina, acudiendo a su ángel custodio: “Hablando con mi Señor, le indiqué que mi Ángel Custodio, a quien Él ha dado más talento que a todos los relojeros, arreglara mi reloj. Pareció oírme, puesto que volví a mover y a tocar y retocar, en vano, el reloj estropeado. Entonces (...), me arrodillé y comencé un padrenuestro y un ave, que me parece no llegué a terminar, porque cogí de nuevo el reloj, toqué las saetas... ¡y echó a andar! Di gracias a mi buen Padre” (*Apuntes íntimos*, n. 892: AVP, I, pp. 478-479). A esto y a otros momentos similares puede hacer referencia un punto de *Camino*: “Te pasmas porque tu Ángel Custodio te ha hecho servicios patentes. –Y no debías pasmarte: para eso le colocó el Señor junto a ti” (C, 565). Una idea semejante refleja al sugerir: “Cuando tengas alguna necesidad, alguna contradicción –pequeña o grande–, invoca a tu Ángel de la Guarda, para que la resuelva con Jesús o te haga el servicio de que se trate en cada caso” (F, 931).

Al igual que san Josemaría vivió y experimentó la presencia y acción eficaz de los ángeles, la referencia a esos seres espirituales fue también frecuente tanto en sus consejos y sugerencias en la dirección de almas como en su predicación. Repetidas veces exhortaba a ser confidente de los ángeles, hasta tener con ellos una verdadera amistad y comunión íntima: “Ten confianza con tu Ángel Custodio. –Trátalo como un entrañable amigo –lo es– y él sabrá hacerte mil servicios en los asuntos or-

dinarios de cada día” (C, 562). Esta amistad que recomienda se debe claramente a la neta conciencia que san Josemaría tiene acerca de la naturaleza de su misión: “La tradición cristiana describe a los Ángeles Custodios como a unos grandes amigos, puestos por Dios al lado de cada hombre, para que le acompañen en sus caminos. Y por eso nos invita a tratarlos, a acudir a ellos” (ECP, 63).

Como se puede ver a través de las citas expuestas, el fundador del Opus Dei tiene una certeza conceptual y una fe indiscutida en la acción angélica en favor de los hombres. Por eso, no sólo acude a su ángel custodio para confiarle lo propio, sino que además, tiene la costumbre de saludar y acudir a los ángeles custodios de las otras personas para pedir por ellas: “Acostúmbrate a encomendar a cada una de las personas que tratas a su Ángel Custodio, para que le ayude a ser buena y fiel, y alegre; para que pueda recibir, a su tiempo, el eterno abrazo de Amor de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu Santo y de Santa María” (F, 1012). Era tanta su fe en la existencia y misión de los ángeles, que siendo seminarista, leyó en un libro de un Padre de la Iglesia que los sacerdotes tienen, además del ángel custodio, un arcángel ministerial. Por eso, él mismo comentaba que desde el día de su ordenación se dirigía a su arcángel ministerial con gran sencillez y confianza, tanto que afirmaba que estaba seguro de que, si la opinión de ese escritor no fuese correcta, el Señor le habría concedido uno, por la fe con que le había invocado siempre (cfr. DEL PORTILLO, 1993, p. 159).

Según asegura Mons. Álvaro del Portillo, san Josemaría “adquirió el hábito de saludar siempre al Ángel Custodio de las personas con las que se encontraba: solía decir que saludaba primero al personaje. Un día de 1972 ó 1973 vino a verle el arzobispo de Valencia, Mons. Marcelino Olaechea, acompañado de su secretario. Como eran muy amigos, el Padre le salu-

dó y le dijo en broma: –Don Marcelino, ¿a quién he saludado primero? El arzobispo respondió: –Primero, a mí. –No, le dijo el Padre. He saludado primero al personaje. Don Marcelino repuso, perplejo: –Pero, entre mi secretario y yo, el personaje soy yo. Entonces nuestro Fundador explicó: –No, el personaje es su Ángel Custodio” (DEL PORTILLO, 1993, pp. 159-160).

Citemos dos manifestaciones más. En primer lugar, su conciencia de la relación de los ángeles con la Sagrada Eucaristía. Tenía la firme convicción de que, a modo de adoración y veneración, los ángeles están presentes en la celebración de la santa Misa: “(...) la tierra y el cielo se unen para entonar con los Ángeles del Señor: «Sanctus, Sanctus, Sanctus»... Yo aplaudo y ensalzo con los Ángeles: no me es difícil, porque me sé rodeado de ellos, cuando celebro la Santa Misa. Están adorando a la Trinidad” (ECP, 89). Fruto de una fe plena en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, al hacer la genuflexión ante el Sagrario, agradecía siempre a los Ángeles, allí presentes, la adoración que continuamente prestan a Dios. Solía comentar: “Cuando voy a un oratorio (...) donde está el tabernáculo, digo a Jesús que le amo, e invoco a la Trinidad. Después doy gracias a los Ángeles que custodian el Sagrario, adorando a Cristo en la Eucaristía” (DEL PORTILLO, 1993, p. 159).

Y en segundo lugar, su confianza en la ayuda del ángel custodio en ese momento supremo que es el fin de la vida terrena: “El Ángel Custodio nos acompaña siempre como testigo de mayor excepción. Él será quien, en tu juicio particular, recordará las delicadezas que hayas tenido con Nuestro Señor, a lo largo de tu vida. Más: cuando te sientas perdido por las terribles acusaciones del enemigo, tu Ángel presentará aquellas corazonadas íntimas –quizá olvidadas por ti mismo–, aquellas muestras de amor que hayas dedicado a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo (...)” (S, 693).

Voces relacionadas: Actividad del Opus Dei; Devoción, devociones.

Bibliografía: C, 562-570; Jean DANIELOU, *Les anges et leur mission d'après les Pères de l'Église*, Paris, Desclée de Brouwer, 1990; Joseph DUHR, “Angeles”, en DSp, I, 1937, cols. 580-625; Renzo LAVATORI, *Gli angeli. Storia e pensiero*, Genova, Marietti, 1991; Id., “Gli angeli: la loro presenza e la loro azione nella vita cristiana secondo il beato Josemaría”, en GVQ, V/1, pp. 137-156; ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; George TAVARD, “Los ángeles”, en Bernard SESBOUÉ (dir.), *Historia de los dogmas*, II, 2, Madrid, BAC, 1973.

Gabriela AYBAR PERLENDER

APOSTOLADO

1. Una vocación universal. 2. “Sobrebundancia de la vida interior”. 3. “Apostolado de amistad y confianza”. 4. “Santificar a los demás con el trabajo”. El ámbito del apostolado personal. 5. “Vibración apostólica”.

“Apostolado” es el término utilizado para designar la misión confiada por Cristo a sus discípulos, a los que el propio Jesús llamó “apóstoles”, término que en griego significa “enviados”. Los apóstoles, en particular los denominados Doce en el Nuevo Testamento, que tuvieron una llamada singular por parte de Jesús, fueron enviados por el Maestro a “predicar la Buena Nueva y curar toda enfermedad” (Mt 9, 35), con un mandato que fue ratificado de manera especial en la “oración sacerdotal” de la Última Cena, cuando Jesucristo les dijo “como Tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo” (Jn 17, 18) y de nuevo, cuando después de la Resurrección, los envió a “bautizar a todas las naciones, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 18-20).

Este envío aparece anunciado en numerosas parábolas y episodios del Evangelio, a menudo comentados por san

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.